Masacre en la panadería

Álvaro Pedroche Arcones

Capítulo 1

No podía ser. Ya nada podía ir a peor. Jamás imaginé algo así, tal vez porque siempre había tenido todo lo que había querido y cuando lo había querido.

La gente caminaba a toda velocidad empujándose los unos a los otros, con prisa, demasiada prisa, por llegar quién sabe dónde. Yo me quedé petrificado, como si mover un solo músculo de mi cuerpo pudiera empeorar la situación.

Bajo mis pies, el reguero de espeso líquido rojo se escurría por entre los adoquines del firme hasta perderse por una alcantarilla al más puro estilo de una novela de Stephen King.

Mis ojos, impregnados en lágrimas de impotencia, parpadeaban con fuerza varias veces suplicando que todo aquello fuera un sueño. Nada más lejos de la realidad. Lo que aparentemente iba a ser una apacible mañana de compras, acabó convirtiéndose en el más terrorífico de los días.

Aunque mi cabeza hacía todos los esfuerzos por mandar órdenes a mis músculos para huir de aquel lugar, todas mis funciones motoras parecían estar completa y absolutamente neutralizadas. Mi instinto sólo hacía que mantuviera la mirada fija en la atrocidad que tenía justo enfrente de mí, a menos de veinte centímetros de mis Converse negras.

El fluido rojo vivo que se colaba por entre mis piernas destacaba sobre cualquier otro color que me rodeaba. Para mis ojos, en ese momento, no existía ningún otro tinte, tonalidad o matiz.

Me partía el corazón ver cómo el resto de las personas que se desplazaban con garbo, incluso chocando conmigo en alguna ocasión, apenas reparaban en la atrocidad que acababa de suceder frente al escaparate de la panadería donde veníamos a comprar el pan cada día.

En la más absoluta soledad, a mi parecer, miré con impotencia la entrada del local para después posar mi mirada de nuevo en el suelo, en aquella masacre de restos de fluidos y pedazos de color carne.

¡Por Dios! ¿Cómo nadie puede darse cuenta? Me preguntaba irritado.

En un alarde de fuerza y valentía, extendí los brazos tratando de frenar a alguien que pudiera ayudarme, que pudiera sacarme de tal desconsuelo. Mi acompañante seguía ausente y a mí sólo se me ocurrió gritar. Gritar como si no hubiera un mañana. Grité tan alto que un pequeño grupo de gorriones que estaban posados sobre el toldo de la panadería salió

despavorido causando gran revuelo.

Todo el que me rodeaba me miraba extrañado y desviaban su trayectoria evitando pasar a mi lado.

Grité más fuerte. Y más fuerte.

Me sentía observado y acosado por las miradas de curiosos que, lejos de ver lo que tenía ante mí, me acusaban con sus miradas como si fuera un loco al borde de sufrir una crisis.

Y no iban mal encaminados. Mis llantos y sollozos eran tan extremos, que mi corazón se desbocaba por momentos, sentía el sudor frío resbalando por mi frente, un frío teñido de miedo y terror ante tal masacre.

De pronto lo comprendí todo. Aquellas personas jamás iban a entenderme pues no tenían la capacidad de empatizar con alguien como yo, no todos. Caminando cual muertos vivientes, encerrados en su burbuja de obligaciones impuestas por nuestra época y entorno social, nadie iba a dejar de perseguir su objetivo mera y únicamente individual, aunque eso implicara ignorar a un niño de tres años al que se le acababa de caer al suelo su helado de fresa.